

## EL ALUMNO DE FILOSOFIA.

1.—*Importancia de las cualidades del alumno.* Al abordar el tema del alumno de filosofía recordemos que es uno de los aspectos más debatidos de la cuestión, que hemos considerado antes, de si debe o no debe enseñarse filosofía en la educación secundaria.<sup>1</sup> El factor educando es decisivo, tanto como lo es el factor profesor, no sólo por razones generales aplicables a toda educación sino porque hay un tipo de alumno, determinable por el género de educación recibida, las cualidades psicológicas, el nivel de inteligencia y de madurez personal, la edad y los intereses predominantes, que es condición de la cabal aplicación de los métodos didácticos y de la consecución de los fines de la enseñanza filosófica. Cuando él falta, la enseñanza es imposible o tropieza con grandes dificultades.

Consideremos primero estas características ideales, anotando los rasgos que es lícito suponer que el alumno tiene ya adquiridos y en acto como resultado de su evolución personal y su formación anterior, cuanto aquellas disposiciones que pueden ser desenvueltas en el proceso mismo de la enseñanza filosófica.

2.—*Escolaridad previa.* Como primera condición señalemos la necesidad de una escolaridad previa —primaria y secundaria— suficientemente prolongada y bien impartida y asimilada. Las lagunas de la formación básica en las ciencias matemáticas, naturales y sociales, y en las humanidades y el arte, comprometen seriamente la aptitud del alumno para seguir con provecho los cursos de filosofía, inclusive los de nivel introductorio, comunes en el ciclo secundario. Nadie considera oportuno enseñar filosofía en la escuela primaria<sup>2</sup> debido a que al alumno de ese ciclo le falta la base de conocimientos indispensable para asimilar las enseñanzas del profesor de filosofía. No se olvide que la filosofía se enseña en el nivel secundario con el fin de proporcionar al alumno un primer punto de vista crítico sobre el conjunto de las ciencias y las producciones de la cultura humana, lo cual requiere tener ganados los elementos del saber y la creación sobre los cuales se va a ejercer la crítica.

De lo anterior se desprende que los cursos de filosofía deben ofrecerse en los años terminales de la secundaria y que, por tanto, el alumno propio de estos cursos es el que está a punto de completar su enseñanza media.

---

1 Cf. *supra* cap. II, y nuestro artículo "La enseñanza de la filosofía en la educación secundaria" II. "¿Debe enseñarse filosofía en el Colegio" *Suplemento Dominical de El Comercio*, N° 326, Lima, 2 de agosto de 1959. Reproducido en *En torno a la educación*.

2 Una excepción importante hoy día es la de la lógica: Cf. cap. XVII.

3.—*El dominio del lenguaje.* Destaquemos en esta conexión la necesidad de que el alumno posea una base instrumental lingüística suficiente. La carencia de esta base de medios instrumentales lingüísticos —para limitarnos a considerar la lengua solamente desde este punto de vista— hace completamente estéril el esfuerzo del alumno en la clase de filosofía y, cuando este defecto es más o menos general, anula la posibilidad de enseñar propiamente la materia. Frecuentemente ocurre que, cuando el profesor toma conciencia plena de este hecho, la clase de filosofía se convierte en una especie de curso previo y acelerado de lengua, lo cual revela al mismo tiempo la importancia de este factor y la imposibilidad de iniciar la enseñanza propia de filosofía hasta que el alumno no haya alcanzado un cierto nivel de dominio del lenguaje.

Se trata, pues, en primer término de la posesión de la lengua materna como un vehículo de comunicación y formulación del pensamiento, que se traduce en una elocución y una composición correctas y, dentro de determinados límites, susceptible de alcanzar cierto grado de elaboración y complejidad, y una capacidad plena de intelección de los textos leídos. Sobre esto vienen a inscribirse, como elementos complementarios muy provechosos, las habilidades en otras lenguas, clásicas y modernas. Se comprende, en efecto, que un alumno capaz de leer una o más lenguas extranjeras y, mejor aún, de expresarse en ellas, posee un instrumento más y muy valioso de trabajo intelectual, y también un seguro medio de acceso a tipos y sistemas de pensamiento distintos del suyo propio o de su grupo social o su nación.

No se juzgue ocioso el señalar estos caracteres considerando que están implícitos en las cualidades que se supone posee un estudiante que cursa los años finales del nivel secundario. De hecho ocurre hoy día que alumnos —y desgraciadamente no pocos— que han egresado de la secundaria e inclusive ya se encuentran en la Universidad presentan gravísimas deficiencias de lenguaje, a tal punto que resulta imposible para ellos realizar normalmente estudios de nivel superior. De otro lado, no está asegurado ni mucho menos que quien finaliza sus estudios secundarios haya ganado siquiera un nivel de eficiencia medio en el manejo de una lengua extranjera. Estas son, pues, condiciones sobre las cuales hay que insistir, pues no están de suyo garantizadas en la actualidad.

4.—*La madurez personal.* El tercer tipo de condición que vamos a señalar es psicológico. Se refiere a la madurez personal, tanto intelectual cuanto afectiva y vital, que es deseable en

el alumno de filosofía a fin de poder abordar con la amplitud, rigor y claridad necesarios el tratamiento de los temas filosóficos y disponer de un rico cimiento de experiencias y resonancias vitales sobre el cual asentar la problemática antropológica, ética y metafísica.

En este sentido parece muy conveniente un hecho que, como vimos, se ha considerado erróneamente una dificultad, a saber, que el período inicial de la educación filosófica coincida con la adolescencia, pues ésta predispone al alumno a la interiorización y la problematización de valores, hechos e ideas. El adolescente no es, por cierto, un filósofo ni mucho menos. Sólo que la etapa psicológica por la que atraviesa lo predispone a determinado tipo de conciencia que, cuando es correctamente cultivada, produce muy positivos frutos teóricos. Las cualidades del adolescente son sólo posibilidades filosóficamente utilizables, pero son posibilidades que ofrecen una virtualidad muy a propósito para el desarrollo de la reflexión, por lo menos en contraste con los caracteres del alma infantil.

Por cierto que hay también en el joven que cursa los últimos años de la secundaria algunos rasgos psicológicos que pueden ser contrarios al desenvolvimiento del pensamiento crítico y otros que pueden quizá resultar afectados por éste. Con respecto a lo primero, piénsese, por ejemplo, en el apasionamiento y en la propensión a ensoñar e idealizar que son propias del alma adolescente. Por otra parte, se ha señalado que el problematismo filosófico, la actitud dubitativa y cautelosa del filósofo puede exacerbar el negativismo adolescente, alimentando una malsana propensión al escepticismo y al desarraigo de la realidad, lo cual conspira contra el equilibrio psíquico del joven en lugar de vigorizarlo y darle nuevas bases de asentamiento.

Creemos, sin embargo, que estos temores son infundados o, en todo caso, son tan atendibles como los que se refieren a los peligros que amenazan al alumno desde todas las disciplinas y asignaturas del colegio secundario. En éstas, como en la filosofía, el cultivo de las disposiciones favorables o el choque de ciertas actitudes o hechos depende de la correcta dirección del aprendizaje. Si ésta existe no habrán de producirse efectos negativos y más bien predominarán los positivos.

5.—Otros rasgos valiosos. Sin pretender encontrarlos plenamente desarrollados desde el principio, ni considerarlos condiciones imprescindibles de la enseñanza filosófica, hay diversos rasgos particulares y disposiciones intelectuales que son deseables en un alumno de filosofía. He aquí los principales:

a) La inquietud cognoscitiva, que se manifiesta sea en el afán interrogativo y en la problematización constante, sea en la duda y en la desconfianza e insatisfacción racionales.

b) La capacidad de intelección que permite abarcar y entender en una mirada interior una situación real o una conexión de ideas muy compleja.

c) El gusto por el análisis y la prueba, no reducido a un tipo o campo especial de conocimiento sino, por el contrario, reclamado como un trámite necesario en toda suerte de saber.

d) La seriedad y la honestidad intelectuales, que llevan a sobreponer el respeto a la verdad a todo efectismo literario o a toda motivación de éxito o poder.

e) Una cierta toma de conciencia vital y una sensibilidad despierta para los problemas del hombre en general y, en función de éstos, de la propia existencia.

Compárese a un posible alumno, poseedor de todos o algunos de estos rasgos con otro que no los posea acusadamente y destaque más bien, por ejemplo, a causa de su aguzada sensibilidad de concentración del interés teórico en determinado campo, con prescindencia de la problemática de otros campos del conocimiento, o una gran capacidad para vivir el momento de misterio e inefabilidad de lo real. Se verá entonces que el primero está en mejores condiciones para ser un buen alumno de filosofía, mientras que los otros pueden dar mejores frutos en arte, ciencia o religión.

6.—*Restricción y generalización de los caracteres señalados.* Es preciso no confundir los caracteres señalados, en tanto condiciones de un buen rendimiento en filosofía, con sus exageraciones o formas extremas, o con otros rasgos parecidos pero no iguales, como, vg., el prurito de discutir y cuestionar, el afán de objetar y negar, y la escrupulosidad malsana que inhibe de toda afirmación y convicción, los cuales pueden ocultar desajustes de personalidad. Hay aquí, como en otros aspectos de la vida, lo normal y lo anormal, lo fecundo y lo nocivo, el equilibrio justo de ingredientes y la desproporción que paraliza y deforma.

Repárese finalmente en que los caracteres señalados, así como otros que podrían agregarse, son rasgos que en mucho hay que descubrir y despertar y que siempre se trata de desarrollar, siquiera parcialmente, en todos los alumnos a través de

la enseñanza de la filosofía, en cuanto ésta tiene un fin formativo que cumplir en la educación secundaria. No reconocemos ninguna estereotipia ni sancionamos separaciones absolutas. En principio cualquier alumno normal puede cultivar los caracteres señalados y a ello debe encaminar sus esfuerzos el profesor, que no debe por cierto olvidar que cada educando posee una fórmula psicológica propia y que muchos de los rasgos que aquí nos ocupan sólo operan en función del conjunto de la personalidad individual y de su historia personal. Sin perjuicio de esto, aquí los hemos considerado como cualidades en principio adquiridas, aprovechables como base para mejores logros en la enseñanza filosófica.

## 7. Bibliografía

Bernad de Cháneton, *La filosofía en la escuela secundaria*.

Colin, Pierre, "Rôle de l'enseignement de la Philosophie dans l'évolution psychologique et spirituelle des adolescents". En *L'Enseignement de la philosophie*. Paris, Recherches et Debats, 36.

Dreyfus, Dina, "Lettre à un élève". En *Revue de l'Enseignement Philosophique*, a. 4, n. 5.

Hahne, Heinrich, *Probleme des Philosophie-Unterrichts*.

Lancien, J., "Lettre à un Capessien. Elèves et maîtres". En *Revue de l'Enseignement Philosophique*, a. 8, n. 3.

Lodetti-Boyer, M., "Les interlocuteurs dans l'enseignement". En *Revue de l'Enseignement Philosophique*, a. 13, n. 6.

Norris, Louis W., "Philosophy is for the Young Too". En Garret Leroy, (ed.), *Philosophy in High School*.

Salazar Bondy, A., *En torno a la educación*, segunda parte.

Spranger, E., *Psicología de la edad juvenil*. Madrid, Rev. de Occidente, 1935.